

COORDENADAS DEL PAKISTAN

(Viene de la página anterior)

han cesado de crecer. Ayub Jan, por otra parte, ha dejado de ser el hombre de los Estados Unidos. No es difícil comprender que las fuerzas proamericanas que actúan dentro del país hayan visto levantado el período de veda contra Ayub Jan en el momento en que éste inició sus nuevas relaciones con China.

La intención de realizar reformas democráticas apareció visiblemente en 1967. Surgió del propio régimen. Un ex ministro, Zulfikar Ali Bhutto, que había abandonado la cartera de Asuntos Exteriores en 1966 —es decir, cuando se hizo visible que Ayub cambiaba su política occidentalista—, fundó el «Partido del pueblo». Estableció un programa, cosa de que carecía la oposición hasta ese momento. El programa estaba mezclado de nacionalismo —recuperación de Cachemira, anulación de las minorías de religión hindú— y de progresismo —establecimiento de un régimen de democracia socialista—. En cuanto hubo establecido un programa y recibido la adhesión de varios millares de personas, Bhutto fue a parar a la cárcel. Se le acusaba de ser el origen de manifestaciones callejeras y de desórdenes. Desde la cárcel, el ex ministro se anunció como candidato a las elecciones presidenciales. A pesar del triste ejemplo de Bhutto, otro hombre intentó a continuación canalizar las fuerzas oponentes. A éste era más difícil encarcelarlo, porque se trataba de un Mariscal del Aire. Asghar Jan era una perla rara en el país: tenía fama de honesto, de íntegro. No se ha conseguido ninguna prueba en contrario. Asghar, sin embargo, no ha filiado un programa. Se ha limitado a proclamar la necesidad del regreso a una «democracia normal». Lo que pueda significar una «democracia normal» es algo difícil de definir. Y el Mariscal no la ha intentado. Asimismo, se ha proclamado candidato electoral a la Presidencia. Hay otros partidos o agrupaciones importantes. La extrema derecha fasciizante es la del Jamaat el Islami, que preconiza como política sencillamente el islamismo (la ley coránica, la poligamia, el antialcoholismo, la demografía libre). Existen, por otra parte, los partidos separatistas de la región oriental.

Frente a estos brotes de oposición legalizada, Ayub Jan ha tenido una actitud vacilante y débil. Su imagen de dictador moderado y la existencia real de unas elecciones en el país le obligaban a aceptar la existencia de una oposición. Cuando la oposición deja de ser fingida y amenaza su poder real, Ayub tiene tendencias represivas. Pero sus propias vacilaciones han sido su peor enemigo. Cuando el Presidente Ayub anunció que no se presentaría a las próximas elecciones —es decir, que se retiraba— abrió ya paso antes de tiempo, antes de su tiempo, a la lucha política. Probablemente, un dictador debe retirarse de pronto y sin previo aviso, si es que es capaz de retirarse de verdad. Anunciarlo con casi dos años de anticipación supone perder ya la magia de su fuerza, la sospacha de su perpetuidad. Ayub cometió ese error. Es posible que no tuviera otra opción. A partir de ese momento, la oposición se convirtió en agitación por unas etapas que se están convirtiendo ya en clásicas: primero, los intelectuales; luego, los estudiantes; después, los políticos en expectativa de herencia, y, finalmente, las clases menesterosas. Que éstas se hayan reclutado principalmente en la provincia de oriente es lógico, puesto que es la desfavorecida y pobre.

Aparentemente, el nuevo «hombre fuerte», Yahia Jan, no se limita a la congelación de los problemas por la fuerza, como suele ser el caso. Ha anulado la Constitución, ha disuelto al Gobierno y ha nombrado nuevos auxiliares civiles; naturalmente, reclutados entre los antiguos ministros de Ayub —es decir, en la única clase política del país—, pero aparentemente inclinados a la democracia o a una forma de democracia. Debe proceder inmediatamente a reformas. Serán más eficaces, si existen y son inteligentes, que la pena de muerte. Pocas veces las penas de muerte han contenido las verdaderas revoluciones cuando ya se han desatado.

Pero es muy difícil imaginar cuáles puedan ser las reformas que puedan desnudar el cúmulo de errores y de incongruencias sobre el que está fundado Pakistán y el arrastre de veintidós años —desde que se fundó— de problemas acumulados. No es posible sustraerle a su situación geográfica interior —a menos que se separen definitivamente las dos provincias— ni a la exterior, en un Asia que trata de configurarse en un momento crítico producido por la guerra del Vietnam y por las conversaciones de paz, o sea, por una nueva política exterior americana, y, al mismo tiempo, por la existencia y rivalidad de sus dos más poderosos vecinos, la URSS y China. Es difícil restaurar la economía, dar de comer al hambriento —a pesar de que ciertos planes de reforma en la producción agraria de Ayub han dado algunos excelentes resultados—, es imposible llegar a la solución del problema de Cachemira, borrar los problemas religiosos que son la base misma de su fundación nacional. Sería preciso partir absolutamente de cero. Aparte de los problemas objetivos que suponen para cualquier país partir de cero —y en el Pakistán, a pesar de lo reciente de su creación, parece más difícil aún, por todo lo expuesto— no parece que la intención de Yahia Jan sea ésa. Tampoco es seguro que Yahia pueda permanecer en el poder. Pueden disputárselo no sólo los revolucionarios y los jefes políticos, sino otros jefes militares. Puede llegarse a una guerra civil. Es posible suponer, de todas formas, que entre las fuerzas que contribuirán a sostenerle estén los Estados Unidos. Yahia hizo su carrera militar en la Academia de West Point y está muy unido a jefes actuales en el Pentágono. De todas formas, su ascensión acaba de producirse, y hay que esperar no sólo sus declaraciones, sino sus actos, para poderse hacer una idea más concreta de la etapa actual de ese país, fundamental para el desarrollo futuro de Asia.

AFRICA

Diecisiete golpes de Estado militares en nueve años



FRANCISCO MACÍAS

La tensión en Guinea Ecuatorial y los acontecimientos que están aún en curso en el nuevo país corresponden a una situación general de tipo sociológico que se precipita en una mayoría de países africanos. Durante quizá siglos, en estos países se ha sostenido la noción de independencia como un ideal más que como un programa. La idealización de la independencia consistía en la creencia casi ritual de que el día que se consiguiera cada uno vería sus males terminados y sustituiría su vida trágica por la que representaba la imagen del colono. Es un mito que acompaña frecuentemente las revoluciones. Una revolución triunfante, como una independencia conseguida, es el principio de una era en la que las dificultades y las asperezas de la vida cotidiana son, por lo menos, iguales, muchas veces superiores, a las de la época anterior. Lo que cambia es el sentido de la vida, el sentido del esfuerzo y del sacrificio. Independencias y revoluciones tienen dos ritmos. Uno, rápido, que puede ser fulgurante, que es el que lleva directamente a la consecución de los fines propuestos en lo in-

mediato, que es el final del poder ajeno. Otro, lento, que es el de la edificación, el de la construcción de los objetivos revolucionarios a largo plazo. Es difícil efectuar ese cambio de ritmo. Sobre todo cuando las necesidades acuciantes del ciudadano forman parte de su panorama diario. Las descolonizaciones, que se produjeron en cadena en África en torno al año 1960, se polarizaron en torno a unos ideales de neutralismo, a la suposición de una ayuda desinteresada por parte de los países bien provistos y a la elevación, en dignidad, de ciertos elementos nacionalistas —religiones, idiomas, costumbres—, que habían sido degradados por la colonización y que pedían ser restaurados. En un gran número de países, el nuevo ciudadano encontró que ese ideal era un elemento ajeno a sus necesidades diarias y que la imagen del colono se había sustituido por la de una nueva clase dirigente. Los esfuerzos por permeabilizar esa clase dirigente y dar un nuevo sentido al esfuerzo se resolvieron en motines o revoluciones, agravados por la reaparición de viejos conflictos latentes que habían sido contenidos por la colonización, al mismo tiempo que fomentados por ella —fronteras, predominio de tribus—, que se han dado en llamar anarquía. El ejemplo más visible fue el del Congo belga y, en nuestros días, el de Nigeria. La simultaneidad de esos acontecimientos y la similitud de condiciones hicieron pensar en el mundo de occidente en una conspiración, en una agitación —soviética, o china, o simplemente, a veces, irradiada desde un país africano sobre otros—, en lugar de considerar que partían todas de un mismo hecho sociológico. Facilitaba esa idea el hecho natural de que los grupos comunistas, o paralelos, estuviesen automáticamente junto a los elementos que trataban de la permeabilización de las clases sociales. A esa etapa ha seguido otra de reacción. Desde 1963 hasta hoy se registran unos diecisiete golpes de estado con tendencia al establecimiento de regímenes fuertes, generalmente militares, que se vuelven hacia occidente —aunque sus



MOBUTU, EN SU RECIENTE VIAJE EUROPEO

EN PUNTO

programas se sigan proclamando neutralistas— y muchas veces hacia las potencias colonizadoras. El mismo Congo suministra un ejemplo. Mobutu, negociando estos días con Alemania Federal, mantiene relaciones especiales con Bélgica y mantiene la política de los Estados Unidos. De la misma forma, Nigeria, frente a Biafra, se apoya en Gran Bretaña, en este caso con el respaldo de la URSS. Wilson visita estos días Lagos y fortalece, con armas y dinero, el régimen de la Federación. La serie de los diecisiete golpes de estado podría iniciarse en el de los sargentos que mataron en Togo a Sylvanus Olimpo, en 1963, y actualizarse con el teniente Moussa Traore, que ha detenido en Malí al Presidente Modibo Keita. De los diecisiete golpes militares, nueve han dejado el poder en manos del Ejército y en los restantes lo han devuelto a los civiles, pero conservando una influencia fuerte sobre ellos.

Esta situación no es nueva, ni es privativa del continente africano, ni pertenece en exclusiva a nuestro tiempo. Sus rasgos generales coinciden estructuralmente con los de Hispanoamérica en el momento de la ola de independencias, que dieron origen a una serie, en ciclo, de revoluciones y golpes de estado que en muchos casos no han terminado aún. La influencia en aquel momento de la Revolución francesa y del Siglo de las Luces —admirable, aunque burlescamente descrita por Alejo Carpentier— podía representar el mismo papel que hoy representa en África la imagen del marxismo soviético y chino. La tendencia conservadora, que hoy marca un regreso hacia las potencias que fueron colonizadoras, se revelaba en los sectores que se polarizaban en torno a la influencia española —cultura, idioma y religión—. Los Estados Unidos representaban entonces, como ahora, el mismo papel propio.

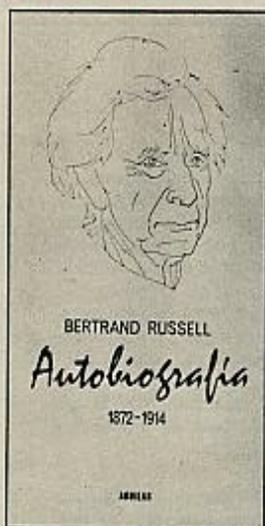
LOS «TUPAMAROS» DEL URUGUAY

Próximo juicio en Montevideo

Los Tribunales de justicia de Montevideo han iniciado una serie de procesos por terrorismo contra los llamados «Tupamaros». El principal acusado es el ingeniero Jorge Maneras Lloveras, a quien algunas veces se ha tenido por el jefe supremo de los «Tupamaros», aunque según algunos representa un papel muy secundario. Los «Tupamaros» toman su nombre del inca Tupac Amaro, que hasta su ejecución fue rebelde a los conquistadores y que dejó una estela de bandas insumisas que operaban aún en el siglo pasado. Su programa es, principalmente, castrista, aunque difieran en una cuestión de técnica. Mientras Castro y «Che» Guevara eran revolucionarios de selva, montaña y campo, los «Tupamaros» creen en las guerrillas urbanas, entre otras razones por las condiciones geográficas y económicas del Uruguay. Su movimiento corresponde a la tendencia actual de la «oposición fuera del sistema», y, por tanto, se consideran ajenos a la izquierda organizada en partidos que trata de realizar la oposición desde dentro del sistema político en vigor. No ocultan su intención de seguir el ejemplo de Cuba y proclaman, como Regis Debray, que no hay que esperar las condiciones objetivas de la revolución, sino que esas condiciones pueden crearse mediante «el hecho de armarse, prepararse y violar la legalidad burguesa», actos capaces de «crear una conciencia, una organización y unas condiciones revolucionarias». Se conoce poco de la organización de los «Tupamaros». Prevalce la idea de que su jefe es el socialista Raúl Sendic, que vive en la clandestinidad. Es un abogado que fue dirigente sindical y que ha inclinado al partido socialista —o una facción de dicho partido— a un radicalismo revolucionario se supone que está organizado en célula y que sus militantes están infiltrados en sindicatos, partidos políticos y aún en medios gubernamentales. Se han atribuido a los «Tupamaros» varios actos de terrorismo, entre ellos el ataque armado contra la casa Bayer, a la que se acusaba de fabricar gases de guerra para que los Estados Unidos los utilizaran en el Vietnam. Su golpe más ruidoso fue el secuestro de un alto funcionario, Pereyra Reverbel, amigo

personal del Presidente Pacheco. Las organizaciones y partidos de izquierdas de dentro del sistema les acusan con lenguaje parecido al de los comunistas franceses contra la insurrección de mayo, y explican que el movimiento es de tipo anarquizante, sin coherencia política y destinado a aniquilarse a sí mismo. La forma de trabajo de los «Tupamaros», su necesidad de vivir en medios urbanos y la exigencia de realizar continuamente actos de terrorismo para poderse manifestar, puesto que las vías legales no solamente les están negadas, sino que las niegan a sí mismos, los hacen especialmente vulnerables a la policía política. Se supone que el actual proceso, que dirige el juez Daniel Pereira Manelli —a quien van a parar todos los procesos por extremismo y terrorismo—, después que los detenidos hayan sido, durante bastante tiempo, interrogados por el llamado «Departamento de Inteligencia y Enlace» de la policía, será hecho con gran publicidad para mostrar ante el público el alcance de los actos de terror de los «Tupamaros».

Autobiografía de B. Russell



Revolusivo de Occidente, naturaleza rebelde, espíritu desgarrado, actitud vital valerosa e independiente, firme frente a todo en la defensa de sus ideas, feroz contrincante de los que niegan el humanismo, agudísimo polemista, este jovencísimo nonagenario que se llama Bertrand Russell, sigue con su frente abierto y seguirá hasta el último aliento, por más que esta imagen parezca traicionar el verdadero sentido de su vida: la vida de un pacifista que arrastró en otros tiempos los peligros que comportaba la traición a su clase, la aparente «traición» a su país —a las instituciones vigentes durante la primera guerra mundial—, la afirmación de un socialismo fabiano —por tanto, tímido y reformista— en días de plenitud conservadora en el nivel social en que había nacido y se había formado. Su frente actual se halla enfocado hacia un objetivo muy concreto, la paz mundial, y en primer término, consecuentemente, la liquidación de la guerra del Vietnam. «Busqué la paz, durante largos años», puede escribir, con toda razón, en el preámbulo de esta «Autobiografía» (Versión española de Editorial Aguilar, que abarca desde 1872 hasta 1914). Como también

LIBROS

puede añadir, no menos justificadamente «éxtasis y angustia sólo hallé, del frenesí conocí la faz, hundido me vi en negra soledad».

Aquí, en esta primera parte de la historia de su vida, encontramos, quizá, lo más entrañable de la misma. Sus turbulentos episodios amorosos, sus primeras luchas, su evolución político-social, la afirmación de su individualismo humanista. Y como testimonio, figura una nutrida correspondencia que perfila evocaciones y recuerdos.

Acerada y amena es la prosa de Bertrand Russell: no descubrimos nada nuevo. Pero aquí, en este relato de sus intimidades, de su cotidianidad recuperada al cabo de tantas décadas, sus más destacados valores aparecen con mayor nitidez. El filósofo-matemático, incansable defensor de las causas más dignas, se nos ofrece, a través de su palabra, como el hombre corriente que fue en su vida diaria, en sus amores, en sus estudios, en sus primeras experiencias. Y su narración nos llega cálida y humana.

Poesía catalana, según Goytisolo

La poesía española de los últimos lustros se concentra en grupos, en tertulias, en escuelas. Desde la inicial —y por tantas razones lamentable (aunque cabe una explicación objetiva, por sus condicionamientos, de su partida de nacimiento)— «Juventud Creadora» alentada en el Café Gijón —que hace unos días dio nombre otra vez al premio que con tanta constancia mantiene el catalán Nadal-Rodó, y que en esta ocasión correspondió al periodista y crítico Raúl Torres, un buen narrador de las últimas promociones— hasta las más recientes expresiones del fenómeno de concentración a que aludimos (Dienso, por ejemplo, en «Puente Cultural»), pasando por la denominada «Escuela de Barcelona», que, por cierto, abarcó a poetas situados por naturaleza o residencia fuera del área catalana (Ángel González, José Ángel Valente), la división en reinos de taifas, casi siempre sin comunicación entre sí en orden a sus presupuestos estéticos, define el contexto poético español de la posguerra. Si a este evidente fenómeno añadimos la creación, en lengua catalana, de numerosos y muy considerables poetas, se comprenderá la

